

## NOTAS SOBRE LA EVOLUCION POLITICA DE MADAGASCAR

### (II)

En septiembre de 1971 se producía un acontecimiento que había de tener honda repercusión en el futuro. Nos referimos al hecho de que, durante la primera semana de ese mes, el XIV Congreso del Partido Social Demócrata decidiera por aclamación que Philibert Tsiranana fuese el único candidato oficial a la elección presidencial que debía celebrarse el año próximo. Esto equivalía a instaurar el mando vitalicio del «presidente fundador», lo que había de producir, inevitablemente, el disgusto de los numerosos aspirantes a la suprema Magistratura de la nación, que sabían que, tal como estaban las cosas y pese a las profundas corrientes opositoras que agitaban el horizonte malgache, Tsiranana contaba a su favor con la aplastante mayoría del electorado. En unas elecciones libres, el triunfo de Tsiranana estaba descontado. Ningún otro personaje malgache alcanzaba, ni siquiera de lejos, el prestigio del artífice de la independencia. Ni siquiera sus enemigos políticos se atrevían a acusarle directamente de los errores que se habían cometido en la dirección de los asuntos públicos y se limitaban a atribuir a sus colaboradores la culpa de los mismos.

No obstante, si el PSD reconocía unánimemente el liderazgo de su fundador y le aportaba «el apoyo incondicional de todas las masas militantes», esto no significaba que conservase la homogeneidad de antaño, puesto que las rivalidades de facciones y personas perjudicaban la cohesión del partido. Resampa, encarcelado en la isla de Santa María, aunque ausente físicamente de las deliberaciones, no dejaba de estar presente en el XIV Congreso a través de los numerosos partidarios que había atraído durante los muchos años que ejerciera la Secretaría General del PSD. Su orientación «izquierdista» contaba con amplia aprobación en las filas del partido y aun fuera de él, como se había demostrado durante el VI Congreso del AKFM, celebrado

en agosto, que había adoptado una moción antigubernamental en el «asunto Resampa», criticando las decisiones adoptadas contra el antiguo ministro del Interior por «falta de pruebas de su colusión con una embajada extranjera». Muchas personas opinaban, con discutible fundamento, que la evicción de Resampa del equipo gubernamental se debía a presiones de la tribu Tsimihety, de la que es originario Tsiranana, que no deseaba en forma alguna que la sucesión en el mando supremo de la nación pudiese recaer en un miembro de la tribu Bara, como Resampa.

Todas estas cuestiones demostraban que, a pesar del éxito personal conseguido por Tsiranana en el XIV Congreso del PSD, subsistían una serie de interrogantes sobre la consolidación del poder.

Esas dudas se concretaban el 12 de octubre, cuando el ministro de Información, Rene Rasidy, comunicaba que había sido descubierto y aplastado un movimiento revolucionario de «inspiración maoísta» que pretendía derrocar al Gobierno. Según las palabras de Rasidy, dicho movimiento estaba dirigido por el francés Gerard Roy, sociólogo de la Oficina Francesa para la Investigación Científica y Técnica en Ultramar (ORSTOM), auxiliado por su adjunto malgache en dicha organización, Regis Rakotonirina. Este movimiento, según los antecedentes descubiertos, estaba en estrecho contacto con el jefe del MONIMA, Monjajaona. El ministro añadía que Rakotonirina había realizado numerosos viajes por el interior del país con el fin de «reclutar oficiales y campesinos para formar un Comité Revolucionario».

La conjura demostraba que existía un sector de la población —minoritario, pero muy activo— que trabajaba para derrocar el sistema conservador de Tsiranana. No podía suceder de otro modo, porque resulta evidente que las dos potencias comunistas, tanto la URSS como la República Popular de China, aspiran a implantar su influencia en el océano Indico, donde han logrado establecer sólidos puntos de apoyo, y Madagascar, con su estratégica situación en las proximidades de la ruta vital del cabo de Buena Esperanza y adosada a la costa oriental de Africa, no podía ser olvidada en los planes trazados por Moscú y Pekín, que, como en otros lugares del orbe, rivalizan para establecer un régimen adicto a sus respectivas doctrinas. Tsiranana, con su anticomunismo a ultranza, era un estorbo que debía ser barrido a cualquier precio. Para debilitar el prestigio del presidente se formulaban reproches, no siempre infundados, al Gobierno de Tananarive, aireándose las difi-

cultades económicas y sociales<sup>1</sup> y centrando las críticas en la decidida orientación del país hacia Occidente, y especialmente la creciente amistad con la República Sudafricana, con la que se habían firmado, en noviembre de 1970, acuerdos de cooperación económica. Estos acuerdos, notoriamente beneficiosos para Madagascar, eran criticados por muchos malgaches que, seducidos por la propaganda hostil, preferían su propio perjuicio con tal de alinearse contra el «régimen racista». Es una muestra más de la conducta aberrante que siguen las masas ignorantes, hábilmente azuzadas por los agitadores extremistas que invaden el continente africano sembrando consignas revolucionarias que redundan en el daño de las propias poblaciones africanas. Esos mismos sectores criticaban también el importante papel que conservaban ciertas grandes sociedades europeas que controlaban gran parte del comercio malgache, suponiendo, por falta de conocimientos, que resulta fácil y sencillo la improvisación de las estructuras destinadas a sustituir a las mismas. Tsiranana, con mayor conocimiento de causa y mayor sentido de la responsabilidad, aspiraba a la progresiva «malgachización» de la economía, pero pretendía lograrla de forma gradual para evitar un caos económico similar al que se ha producido en otros Estados del continente que han actuado con excesiva ligereza, movidos por oscuras xenofobias.

Aumentaba el disgusto de los numerosos adversarios de Pretoria con la llegada a Tananarive del primer ministro de Lesotho, jefe Leabua Jonathan, que conferenciaba el 2 de diciembre con el presidente Tsiranana para «estudiar las modalidades de creación de una organización regional que agrupase a los países del Africa negra partidarios del diálogo con la República Sudafricana».

---

<sup>1</sup> El semanario malgache *Lumière* escribía en octubre de 1971: «¿Qué vemos en Madagascar ante nuestros ojos? Nuevos ricos que continúan enriqueciéndose, mientras que el país se empobrece. Cualquiera que sea el neocolonialismo de los capitalistas extranjeros que intentan sacar provecho de sus inversiones sería una forma de esquivar los verdaderos problemas y sustraernos a nuestras propias responsabilidades si les culpásemos de todas nuestras desgracias. Desde hace algunos años, grandes fortunas se han creado en Madagascar. Algunos centenares de familias malgaches han alcanzado un nivel de vida comparable en todo al de las familias más opulentas de los países más desarrollados. No nos entretengamos en buscar el origen de esas fortunas. Todas no han sido necesariamente formadas por medios deshonestos, incluso si son el fruto de una habilidad que no es siempre muy moral, aunque esté en regla con la legalidad. Pero el contraste es más escandaloso todavía: el de este riqueza insolente de unos pocos en un país pobre y la miseria de los demás.»

El propio Johasy, ministro del Plan, había admitido a principios de ese año que «el espectáculo actual, escandaloso y aberrante, de largas filas de espera, comprobado en todas partes, para la compra de arroz es indigno de un país productor de arroz como el nuestro».

El horizonte político malgache a principios de enero de 1972 —año clave en la evolución política de la gran isla— se presentaba empañado por múltiples disensiones a escala nacional. De una parte, los partidos de la oposición afirmaban que el estado de salud de Tsiranana no ofrecía ninguna garantía de que pudiese seguir en el cargo que se ventilaba en los próximos comicios, y por ello exigían que fuese reconocido por una Comisión médica antes de que fuera aprobada su candidatura. Junto a este acontecimiento, se extendían rumores de que el primer vicepresidente del Gobierno, Jacques Rabemananjara, estaba complicado en el asunto de la importación clandestina de un cargamento de armas que había sido aprehendido en Tamatave. Tsiranana desmentía los «infundios» sobre su salud, declarando su convicción de que llegaría a los cien años y que estaba dispuesto a «servir a la patria hasta el límite de mis fuerzas». El AKFM circulaba entre sus militantes la orden de abstenerse en las próximas elecciones. Pese a estas maniobras, Tsiranana era reelegido, de forma abrumadora, para un tercer mandato de siete años.

En medio de estas escaramuzas políticas discurrieron los primeros meses de 1972. Pero la calma que predominaba en el país se veía interrumpida, de forma brusca y espectacular, el 13 de mayo, al producirse violentas manifestaciones en Tananarive, que arrojaban un saldo de doce muertos. Un centenar de estudiantes se había dirigido al Ayuntamiento de forma levantisca, apedreando el edificio y rompiendo los cristales. Otro grupo había asaltado el edificio de la Radiodifusión Nacional. Las fuerzas de policía habían dispersado a los alborotadores lanzando granadas lacrimógenas y viéndose obligadas a disparar cuando fueron atacadas por los revoltosos. El motivo de esos desórdenes consistía en la orden cursada por el ministro del Interior, Johasy, de cerrar la Universidad y todas las escuelas públicas, así como proceder a la detención de los dirigentes estudiantiles como respuesta a la huelga que paralizaba los centros docentes desde el 24 de abril. El ministro había declarado: «No buscan una mejora de la enseñanza en Madagascar, sino el derrocamiento del régimen por caminos ilegales, los instigadores del movimiento de huelga estudiantil. Se ha hecho todo lo necesario para incitar al pueblo a rebelarse contra el régimen y a retirar su confianza al Gobierno.»

Puede recordarse que ya a principios de diciembre de 1968 se había registrado otra huelga análoga en dicha Universidad, huelga que fue atajada por el entonces ministro del Interior, Resampa, con una severa advertencia:

«Las fuerzas del orden intervendrán si se amenaza a la República.» Bastó esta indicación para que se restableciera la normalidad académica. En marzo de 1971 Tsiranana tuvo que cerrar la Universidad sin que se produjeran graves consecuencias, pero ahora las circunstancias habían cambiado y los estudiantes habían asimilado doctrinas políticas radicales que les proporcionaban una combatividad inesperada. En enero de 1972, la huelga declarada en la Escuela de Medicina de Befelatanana no había podido ser resuelta, por lo que hubo de ser clausurada en marzo siguiente. Cuando, en abril, se decidió su reapertura prosiguió la huelga, por lo que fue disuelta, el 19 de dicho mes, la Asociación de Estudiantes de Medicina.

Los graves sucesos del 13 de mayo fueron la chispa que encendieron una hoguera general. Los días 14 y 15, decenas de millares de personas recorrían las calles de la capital en actitud levantisca —obedeciendo las órdenes cursadas por la Federación de Sindicatos Malgaches (FISEMA) de manifestar su solidaridad con los estudiantes—, incendiando algunos edificios, como el diario gubernamental *Courrier de Madagascar* y el Ayuntamiento, y reclamando la dimisión del presidente de la República. Las fuerzas del orden se veían obligadas a sacar los blindados a la calle y a proteger el palacio presidencial. El balance de víctimas llegaba a 19 muertos entre los manifestantes y a siete policías fallecidos, así como a 200 heridos. El día 14 dimitía el ministro de Asuntos Culturales, y Tsiranana, para capear el temporal, ordenaba la puesta en libertad de los detenidos menores de dieciocho años y accedía a recibir a una delegación estudiantil para discutir los problemas de la reforma universitaria. Para el presidente, el origen de los disturbios residía en la propaganda subversiva comunista, moscovita y maoísta, infiltrada en la Universidad. Junto a este motivo evidente reside otro consistente en la progresiva hostilidad que se despierta en las masas del continente africano hacia la cultura occidental. *L'Humanité* declaraba esos días que «los estudiantes (malgaches) no aceptan recibir instrucción en una Universidad de creación francesa». Realmente es una postura antioccidental en conjunto la que se está fraguando en toda África y que adopta distintas modalidades en cada país, aunque todas coinciden en este denominador común de odio al Occidente.

Tsiranana nombraba el 16 de mayo gobernador militar de Tananarive al general Gilles Andriamahazo, que desde el principio de la crisis había servido de intermediario entre el presidente de la República y los estudiantes rebeldes.

No obstante, resultaba claro que era inútil la habilidad de Tsiranana, dado que la situación había alcanzado un punto irreversible. La masa estudiantil se mantenía abiertamente hostil y a ella se había unido la masa trabajadora, la situación económica no era buena y creaba profundo malestar, el alza de los precios no cesaba, el campesino mostraba su disgusto ante lo que consideraba falta de preocupación de las autoridades y los recelos intertribales habían reaparecido. En tales condiciones, el régimen resultaba impopular a ciertos sectores de la vida nacional. A ello se agregaba el disgusto por la presencia de bases francesas, dotadas de 4.000 hombres, y el funcionamiento de potentes sociedades extranjeras que controlaban una gran parte de la economía malgache.

Todos los estudiantes detenidos en Nosy-Lava eran puestos en libertad y se decidía la reapertura de la Universidad. A pesar de estas transigencias, los trabajadores proseguían la huelga y desfilaban con pancartas reclamando el aumento del salario mínimo y la reorganización del Gobierno. El 18 de mayo estudiantes y trabajadores celebraban dos mítines en la capital para exigir la dimisión de Tsiranana. Este disolvía el Gobierno y confiaba al general Ramanantsoa plenos poderes de primer ministro, no obstante lo cual el día 19 cobraban desmesurada amplitud las demostraciones hostiles al presidente de la República y más de 50.000 personas desfilaban por Tananarive reclamando su dimisión. El general Andriamahazo, gobernador militar, dirigiéndose a la multitud, declaraba: «El deseo que formuláis de no ver más al presidente Tsiranana al frente del país no es más que la expresión del deseo de la población de Tananarive y de la región, pero se ignora la postura de las otras provincias de la isla sobre este punto preciso.» La multitud le interrumpía, y el presidente del Comité de los estudiantes en huelga declaraba que los deseos de dimisión del presidente de la República eran compartidos por todos los estudiantes de Madagascar, que reflejaban la voluntad del país. Finalmente, exigía que Tsiranana presentase su dimisión en el plazo de veinticuatro horas. Entonces la multitud comenzó a encaminarse hacia el palacio presidencial. El general Ramanantsoa pudo alcanzarles cuando se hallaban sólo a centenares de metros del palacio y dirigió una alocución improvisada a los manifestantes: «Queridos compatriotas. Yo asumo personalmente la dirección de Madagascar, pero estoy dispuesto a retirarme si no se me otorga la confianza.» Los manifestantes reclamaron a coro que continuase en su puesto, y entonces el primer ministro agregó: «No soy yo quien ha solicitado el cargo, pero estoy aquí para defender la patria. Tananarive»

narive no es Madagascar. Existen otras provincias también. Para conservar la unidad nacional es preciso dar pruebas de una mutua confianza. Tanto más cuanto que varias tendencias —francesa, china, americana— buscan un lugar en Madagascar. ¿La población tiene confianza en mí?» Cuando se escuchó una respuesta masiva, el general convenció a la multitud de que renunciase a proseguir su marcha y que se disolviese pacíficamente. Entonces los tres generales del Ejército se encaminaron al palacio presidencial para entrevistarse con el presidente. La intervención de Ramanantsoa había evitado a Tananarive un día de luto y desmanes que hubiesen arrojado un baldón imperecedero sobre su historia independiente.

Tsiranaña recibía a los generales Ramanantsoa, Andriamahazo y Ramalohy en presencia del Calvin Tsiebo, el antiguo vicepresidente. La situación se había complicado al recibirse noticias de que las manifestaciones se habían extendido a Tamatave, Majunga, Antsirabe y Fianarantsoa y que las muertes ocasionadas por los disturbios desde el día 13 ascendían a unas cincuenta. Los acontecimientos se habían precipitado y el poder estaba en mano de las multitudes, excitadas por las consignas, cada vez más radicales, emanadas del comité de huelga, en el que desempeñaba un puesto clave el delegado del MONIMA en Tananarive, Manandafy-Rakotonirina.

El mismo día 19 el general Ramanantsoa era investido de los plenos poderes y pronunciaba un discurso aconsejando a las masas que se abstuvieran de cualquier «provocación», advirtiéndoles que no dudaría en proclamar la ley marcial para conservar el orden. De forma terminante rehusaba acceder a la presión de los manifestantes, que exigían la destitución de Tsiranaña. Al día siguiente éste pronunciaba una alocución radiotelevisada, confirmando que seguía siendo presidente de la República. El Ejército, colocado por encima de las ideologías, que amenazaban con provocar una guerra civil y dar paso a los enfrentamientos étnicos, aspiraba a restablecer el orden, pacificar los exaltados espíritus y promover la reanudación del trabajo, paralizado durante una semana. Con tal fin, Ramanantsoa llegaba a un acuerdo el día 21 con los Sindicatos para que se reanudasen todas las actividades, prometiendo que elaboraría una nueva Constitución que restableciese las libertades democráticas. Ese mismo día el general difundía un comunicado oficial anunciando el principio de «una deliberada política de austeridad, honestidad total y moral absoluta». El día 22 nombraba ministro del Interior al teniente coronel Ratsimandrava, comandante de la Gendarmería nacional.

El día 23 se reanudaba el trabajo y la capital malgache recuperaba su fisonomía habitual. Aprovechando esta circunstancia, el general Ramanantsoa recibía a los periodistas, a los que declaraba: «Soy yo quien forma mi Gobierno con hombres que yo mismo escojo. Yo dirijo el país y determino y ejecuto la política general de la nación.»

Estaba claro, por lo tanto, que aunque los militares rehusaban retirar a Tsiranana el título de presidente, éste resultaba puramente decorativo. Por otra parte se había clausurado la Asamblea Nacional y el Senado, con lo que los nuevos dirigentes tenían amplia libertad para gobernar.

Ramanantsoa comenzaba por nombrar a seis oficiales para gobernar las seis provincias. Inmediatamente designaba un nuevo Gobierno, en el que acumulaba las funciones de primer ministro y los Ministerios de Defensa y del Plan. Otros cuatro militares eran colocados en los puestos más importantes: Obras Públicas, Interior, Asuntos Exteriores e Información<sup>2</sup>.

Se anunciaba un referéndum para el 8 de octubre, y las autoridades rebajaban la edad electoral de los veintiuno a los dieciocho años para que la juventud pudiese participar más ampliamente. En la elección de los miembros de su Gabinete, Ramanantsoa había tenido especial cuidado de mantener el equilibrio entre los representantes de la población de las Altas Llanuras, especialmente los Merina, y las 17 tribus malgaches que se califican corrientemente de «costeras». Se trataba de evitar a toda costa el peligro de un enfrentamiento entre ambos sectores étnicos, que se hizo temer en el curso de la crisis de mayo. Para completar esta obra de pacificación de los espíritus, el 16 de junio Ramanantsoa concedía una amnistía plena y total a las personas implicadas en el asunto de la revuelta de Tulear, en abril de 1971, y del complot del ORSTOM, en octubre de dicho año. Por el primer asunto permanecían detenidas dos mil personas y otras cuarenta por el segundo caso. Para atraerse a las clases más desheredadas, Ramanantsoa suprimía el impuesto mínimo y el impuesto sobre tenencia de bueyes que gravitaba sobre los campesinos.

Simultáneamente comenzaban a perfilarse profundos cambios en la po-

---

<sup>2</sup> Aparte de Ramanantsoa, componían el Gabinete: el general Andriamahazo, ministro de Obras Públicas; el teniente coronel Ratsimandrava (Interior); el capitán de corbeta Didier Ratsiraka (Asuntos Exteriores), y el comandante Joël Rakotomalala (Información). Además, otros cinco ministros civiles: Daniel Rajakoba (Función Pública y Trabajo); Andriamada Vahazabe (Justicia); Albert-Marie Ramorson (Economía y Finanzas); Emmanuel Rakotovahiny (Agricultura) y Justin Manambelona (Asuntos Culturales).



lítica exterior de Tananarive. El general anunciaba la revisión de los acuerdos de cooperación franco-malgaches. También se procedía a la reconsideración de las relaciones con la República Sudafricana, según declaraba en conferencia de prensa celebrada el 23 de junio el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Ratsiraka, quien agregaba que la política de diálogo «no había dado los resultados apetecidos y constituye la manzana de la discordia entre los malgaches». Se demostraba que el nuevo Gobierno, aunque aparentaba firmeza, se inclinaba ante las exigencias de los grupos más radicales, que anteponían sus fobias antioccidentales a las conveniencias nacionales. En consecuencia, el Gobierno ordenaba la paralización de las obras para acondicionamiento turístico de la isla de Nossi-Be, que, en virtud de un convenio suscrito entre Tananarive y Pretoria en noviembre de 1970, estaban llevando a cabo empresas sudafricanas. De tal forma Madagascar, que tan profunda crisis económica padecía, venía a cegar una segura fuente de ingresos turísticos. También por agrandar a los grupos comunistas y filocomunistas, Ratsiraka anunciaba en esa conferencia de prensa que «la nueva orientación política del país, que no está en contra de las relaciones con los países del Este, no cambiará en relación con el equilibrio de fuerzas en esta parte del océano Indico».

Pese a tales complacencias, la agitación no cesaba, por lo cual el 29 de agosto el Gobierno se veía obligado a decretar el estado de sitio y la ley marcial. El comunicado aclaraba que estas medidas resultaban necesarias, habida cuenta de «los graves problemas que plantea la economía del país y el ambiente actual, que perjudica la voluntad de recuperación económica que defiende el Gobierno». No obstante, se temían graves acontecimientos con motivo del Congreso, que debía celebrarse del 4 al 19 de septiembre, del KIM (Comité de acción común de estudiantes, trabajadores y parados de Madagascar). En previsión de nuevos desmanes, el ministro del Interior anunciaba que se habían adoptado todas las medidas adecuadas para «asegurar la tranquilidad y el orden en caso de graves conflictos, ya que si algunos tienen interés en fomentar el desorden, el Gobierno está decidido a enfrentarse con todas las provocaciones». Comenzaban a llegar a la capital los delegados del KIM con ánimo de reclamar enérgicamente la «malgachización» de la enseñanza, la revisión de los acuerdos de cooperación con Francia y la destitución de Tsiranana. Con estas exigencias se trataba de crear un problema artificial, buscando un pretexto para desencadenar la subversión, ya que Tsiranana estaba relegado al ostracismo y sólo conservaba

simbólicamente su título de presidente, y también la mayoría de los profesores franceses habían sido sustituidos por titulados malgaches.

El 1 de septiembre Ramanantsoa declaraba en un discurso radiotelevisado que si obtenía una respuesta favorable en el referéndum, permanecería en el puesto durante cinco años para «realizar las transformaciones estructurales indispensables para renovar e instaurar en la vida pública un clima acorde con los deseos del pueblo». A su vez, el ministro de Asuntos Exteriores efectuaba una visita oficial a Tanzania, el país subsahariano más extremista, y declaraba el mismo día 1 que Madagascar rechazaba totalmente la política de diálogo con la República Sudafricana y daba a entender que rompería con Taiwan y reconocería a la China Popular.

Mientras tanto en Tananarive se habían concentrado ya diez mil delegados del KIM; de ellos, la mitad llegados de las seis provincias. Surgía la duda de si este movimiento contestatario concedería su apoyo al Gobierno tal como habían anunciado los partidos políticos MONIMA, AKFM y la Juventud Social Demócrata. El 4 de septiembre se reunía el Congreso del KIM y en las prolongadas discusiones reclamaban la abolición de la Constitución vigente y la instauración de la II República. Pedían un nuevo sistema económico, ya que «el actual no ha hecho más que preservar los intereses del capitalismo extranjero y nacional». Se exigía la supresión de los monopolios económicos y la nacionalización de los sectores clave, la reforma agraria, con distribución de la tierra a los campesinos, y la creación de un Banco Popular. Rechazaba el «imperialismo cultural francés» y preconizaba la instauración de una «escuela para el pueblo sin discriminación social» de carácter gratuito. Finalmente, exigía la supresión de las bases militares francesas, «consideradas como un obstáculo a la verdadera emancipación de los oprimidos», y reafirmaba su «comunidad con todos los pueblos que luchan por su emancipación».

El general Ramanantsoa definía su posición en un discurso pronunciado en el estadio Mahamasina el 30 de septiembre. En esta primera alocución pública desde que fuera investido de plenos poderes declaraba que el referéndum resultaba necesario porque «correspondía al pueblo definir una nueva legalidad mediante el sufragio universal». El referéndum, en su opinión, permitiría «inaugurar el sistema de democracia directa, que corresponde no solamente a un derecho, sino a una necesidad de la democracia». Aseguraba que si los resultados eran afirmativos, durante su mandato de cinco años no funcionaría el Parlamento —'el Parlamento no tiene razón de existir

durante esos cinco años, puesto que, en virtud del estado de necesidad, el jefe del Gobierno tiene atribuciones para gobernar por decreto'—ni existiría presidente de la República, ya que «no es obligatorio tener un jefe de Estado, especialmente durante un período de reconstrucción nacional, que las elecciones podrían turbar».

El día anterior, 29 de septiembre, el ministro de Asuntos Exteriores, Ratsiraka, marchaba de Leningrado después de terminar su visita de cinco días a la Unión Soviética. Era la primera vez que un ministro malgache visitaba la URSS. La política exterior de Tananarive, desde el ostracismo de Tsiranana, había cambiado radicalmente: al anticomunismo había sucedido una aproximación al Este; el diálogo con Pretoria era sustituido por una sorda hostilidad hacia la República Sudafricana, y, finalmente, con las demostraciones antifrancesas, antibritánicas y antiamericanas surgía a la superficie un soterrado sentimiento antioccidental.

JULIO COLA ALBERICH

